

LA  
SEMILLA  
DE LA  
Dama  
& Negra

**Gerardo Muñoz Lorente**



# 1

ES LA PRIMERA VEZ que los tubos fluorescentes no se encienden automáticamente cuando se abre la puerta del garaje. Durante los tres años largos que lleva viviendo en este edificio, nunca antes había sucedido; aunque a Federico no le preocupa mucho por cuanto puede circular bien con las luces de cruce de su vehículo. No obstante, son las cuatro y media de la madrugada, está algo achispado por los whiskys que ha tomado y, al introducir el coche en su plaza, no puede evitar que un lateral del mismo roce con la columna que hay al lado. Federico suelta un gruñido de fastidio, pero decide no enfadarse, no estropear una noche que ha transcurrido estupendamente bien.

Una noche perfecta hasta entonces para un divorciado de cincuenta y tres años, que por fin ha conseguido el sueño que venía acariciando desde hacía mucho tiempo: practicar el sexo con una mujer de cuerpo espectacular y de veintidós años, sin necesidad de pagarle. Al menos sin hacerlo en metálico. Otra cosa ha sido los gastos colaterales: varios días llevándola a comer a restaurantes de lujo, la gargantilla de oro con brillantes que le había regalado, la estancia en la suite principal de uno de los hoteles más caros de la ciudad, con el consumo de un par de botellas de Dom Pérignon... Y para un hombre como él, cuyo principal negocio se fundamenta en la usura, todo aquello suponía un auténtico sacrificio. Sin embargo está contento. Ha decidido que merecía la pena tal inversión. Sobretudo porque, a partir de entonces, cree que todo le resultará más fácil y barato en su relación con aquella *barby* jovencita y de apariencia inocente, aunque con la habilidad sexual de una cortesana parisina.

Federico apea del coche con cierta dificultad su cuerpo regordete y trajeado. Por lo visto, está bastante más mareado de lo que pensaba. Deja la portezuela abierta para aprovechar la luz del piloto interior y rodea el Jaguar dando un par de trompicones. Comprueba que, pese a afectar sólo al guardabarros trasero, la rozadura resulta demasiado llamativa: la pintura roja que circunda la columna a esa altura ha dejado su rastro sobre el blanco metalizado del automóvil. Suelta otro gruñido y, olvidándose de sus intenciones anteriores, frunce el ceño y se

enfurruña. Ni siquiera el recuerdo de la póliza a todo riesgo que tiene contratada con la compañía de seguros le devuelve a su estado de satisfacción y complacencia. Cierra el coche y emprende el camino hacia la salida del garaje.

La puerta de acceso al descansillo donde está el ascensor queda a unos cincuenta metros de la plaza de aparcamiento de Federico. Y éste avanza con paso indeciso a causa de la intoxicación etílica de su sangre y la oscuridad que repentinamente se ha apoderado del garaje, nada más cerrar su coche con el mando a distancia. Por suerte, se dice, el piloto de emergencia que hay en el dintel de la puerta a la que se dirige está encendido. Es una luz tenue y encarnada, demasiado lejana todavía, pero que considera suficiente para no tropezar con los vehículos aparcados que se interponen en su camino.

El silencio en el garaje es completo. Sin embargo, a Federico le parece oír el ruido producido por una portezuela al abrirse, procedente de uno de los coches que están delante de él. Arruga aún más su entrecejo, aunque sigue andando. Hasta que una silueta oscura y silenciosa aparece delante, deteniéndose a unos treinta metros de donde él se encuentra. Federico también se detiene y observa aquella figura entornando los párpados. A pesar de la oscuridad, se convence de que es un perro. Al fin y al cabo, parece andar a cuatro patas. Un perro grande, según calcula por la envergadura que aparenta tener. Un perro muy grande, se dice mientras vislumbra su avance, lento pero flexible, sigiloso pero decidido. Un perro que, conforme empieza a trotar, más parece otro tipo de animal. Un animal más grande que el mayor de los perros visto hasta entonces por Federico. Un animal con ojos tan resplandecientes y rojos como el piloto de emergencia que hay sobre la puerta de salida. Un animal que no tiene necesidad de emitir ningún sonido, ni el más leve gruñido, para provocar el pánico en el hombre más valiente. Y Federico, que se sabe cobarde, nota cómo moja las perneras de sus pantalones un instante antes de emprender la huida.

Se vuelve corriendo hacia su coche y presintiendo, más que oyendo, las pisadas de la bestia que le persigue. Mientras corre, calcula que la única forma de salvarse es metiéndose en el Jaguar, el cual ha dejado atrás, a no más de diez metros de distancia, aunque sumido en las tinieblas. Por eso vuelve a meter la mano en el bolsillo del pantalón donde acaba de guardar la llave de su coche. Pero le resulta difícil hacerse con ella a la carrera y termina por caérsele al suelo. Se detiene, la busca entre la oscuridad durante un segundo,



hasta que gira la cabeza para mirar hacia atrás. El monstruo sigue avanzando al trote, sin esforzarse, completamente seguro de que no se le puede escapar aquella presa torpe y asustada. Entonces Federico continúa corriendo, si bien choca enseguida y de bruces con la misma columna que antes ha rozado con el Jaguar. El golpe que se ha dado en la cara ha sido brutal y acto seguido saborea la sangre que mana de su propia nariz. Queda conmocionado, atontado, aunque sigue consciente del peligro que corre. Piensa en subirse a su coche, que está al otro lado de la columna, pero ya no le da tiempo más que a volverse, a apoyar la espalda en aquel pilar de cemento con alma de hierro. Se estremece al ver cómo aquella bestia se abalanza sobre él con una elasticidad increíble. Levanta una pierna y los brazos en un acto reflejo y defensivo que intuye no le va a salvar, pero que al menos le sirve para tocar unas orejas largas, para agarrar el pelo erizado y negro, corto y fuerte, que envuelve aquellos ochenta kilos de musculatura y ferocidad. Casi al mismo tiempo nota aterrorizado cómo unas fauces colmilludas y silenciosas, que ni siquiera se han molestado en gruñir, incitadas quizá por el olor de la orina, se apoderan de su entrepierna. En un desesperado y postrer intento por zafarse, Federico trata de mantener alejada la cabeza del monstruo agarrándole del cuello con ambas manos, pero sus temblorosos y aporretados dedos son incapaces siquiera de sujetarle por la testuz. Entretanto, siente el desgarramiento de su glándula, acompañado de un terebrante dolor. «¡Dios mío!», piensa, «Me está castrando». Una castración que se consuma un segundo después, cuando aquellas terribles fauces, no satisfechas con su bálano, se apoderan también del resto de su aparato genital. La emasculación le produce un dolor mucho más intenso y desde su garganta brotan unos alaridos que suenan en el garaje como el ulular de una fiera herida.

Ya casi inconsciente, con el cuerpo desmadejado deslizándose columna abajo, se pregunta el porqué de aquello. ¿Por qué le está ocurriendo eso a él? ¿Por qué le ataca aquel monstruo, cuyos ojos sanguinolentos le miran fijamente mientras le arranca la bragadura? ¿Por qué? . . .

Federico pierde el conocimiento y poco después la vida sin conocer las respuestas a aquellas preguntas.

MI RELACIÓN CON EL ordenador hace tiempo que trascendió la simple utilización del procesador de texto. Va a hacer dos años que empleo Internet cotidianamente, sobretodo para el envío y recepción de correo electrónico, si bien es cierto que ignoro casi todo lo relativo a su funcionamiento técnico. De ahí que, al recibir el primero de aquellos *e-mail* tan extraños, no lo eliminara directamente, tal y como hacía con los mensajes publicitarios que llegaban a mi buzón a diario, para evitar la posible contaminación con alguno de los numerosos virus que, según afirman los expertos, deambulan por la Red como gérmenes patógenos de diversa peligrosidad. Muy al contrario, a pesar de que en el apartado reservado para el nombre del remitente sólo aparecía una equis mayúscula, abrí confiada aquel *e-mail*, engañada por el diminutivo familiar que se leía en el asunto: *Te interesa, Minia*, decía.

Aquel mensaje contenía una fotografía, en la que aparecía el rostro de un hombre, de unos cincuenta y pocos años de edad, mofletudo y medio calvo, con ojos pequeños y marrones, que sonreía curvando unos labios muy finos, casi inexistentes. Al pie de aquella foto, se leía el siguiente texto: *Hay una cruz en un jardín inundado, donde una persona clama al cielo con los brazos alzados. Aunque tiene la cabeza de perfil, se le ven los dos ojos. En una mano tiene el pez que ha sacado del agua*. No figuraba el nombre del remitente.

Enseguida llegué a la conclusión de que se trataba de una broma, una especie de juego, que me proponía algún conocido que pretendía mantenerse en el anonimato, pues reparé entonces que, además de figurar una x en donde debía ir el nombre del remitente, la dirección del correo electrónico que la acompañaba era a todas luces ficticia: *quem@sda.es*. Pero no tenía tiempo para resolver adivinanzas, de manera que archivé el mensaje y seguí trabajando con el artículo que debía enviar antes del mediodía de ese viernes.

Me olvidé de aquel *e-mail* hasta las once de la mañana siguiente. Estaba sentada delante del ordenador, trabajando en un reportaje sobre la violencia de género, cuando recibí el aviso de que acababa de llegar un mensaje a mi buzón electrónico. Esperaba un correo de mi agente, en el cual debía informarme del calendario que había concertado con la editorial para la presentación de mi última novela, de manera que cambié enseguida de pantalla. Y allí estaba, en efecto, un nuevo *e-mail*, si bien no era de mi agente, sino de alguien que aseguraba enviarme algo *Muy importante, Minia*.

Al abrir este nuevo correo electrónico, me encontré con otra foto del mismo hombre. Sólo que esta vez estaba muerto. Al menos eso parecía. Si no se trataba de una broma o de un montaje, aquella fotografía mostraba a un hombre rechoncho y vestido con traje, en una postura verdaderamente grotesca: sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y despatarrado, enseñando una entrepierna completamente destrozada y con un charco de sangre entre sus muslos. Una sangre que también manchaba la camisa, la corbata, la chaqueta, lo que quedaba de los pantalones... Tenía la cabeza levantada, con la coronilla apoyada en la pared, mostrando un rictus horrible de sorpresa y dolor. No sé muy bien por qué, aquella postura de la cabeza se me antojó forzada, como si hubiese estado caída sobre el pecho y alguien la hubiera incorporado para que apareciese su rostro en la fotografía. Una fotografía hecha muy poco después de que le sobreviniese la muerte a aquel desconocido.

Enseguida llegué a la conclusión de que no se trataba de una broma. Nadie que yo conociera sería capaz de semejante gamberrada de mal gusto. Y tal conclusión me conmocionó casi tanto como la propia imagen. Tardé unos minutos en reaccionar y, cuando lo hice, busqué un texto que esta vez no acompañaba a la fotografía. Aquel nuevo mensaje electrónico y anónimo tan sólo contenía un testimonio gráfico que parecía auténtico. De ahí que buscara el anterior *e-mail*, reabriéndolo de inmediato. Comparé ambas fotografías y me convencí de que en ellas aparecía la misma persona, el mismo hombre rechoncho y cincuentón. En la primera sólo se le veía el torso; en la segunda todo el cuerpo. La diferencia principal estribaba, claro está, en que en una se le veía vivo, sonriente, y en la otra muerto, con el horror plasmado perpetuamente en sus rasgos faciales.

Volví a leer el texto del primero de los *e-mail* y, pese a hacerlo con gran interés, no comprendí nada de lo que decía. ¿Qué podía significar aquello de

una cruz en un jardín, con un orante de perfil y un pez recién pescado en una mano? Desde luego parecía una adivinanza, un enigma, aunque también podía ser algo más complejo, un mensaje cifrado, una especie de poligrafía cuyo verdadero significado se me escapaba. Por un momento, pensé en la posibilidad de que alguien estuviera denunciándome un asesinato. En tal caso, debía obviamente de avisar a la Policía. Pero seguí meditando sobre otras posibilidades, lo que me llevó a dudar de nuevo acerca de la autenticidad de todo aquello. ¿Y si en realidad no era más que una broma de mal gusto? ¿Merecía la pena correr el riesgo de hacer el ridículo, telefoneando a la Policía? Continué cavilando y por fin tomé una doble decisión. Llamaría a Merino, el subdirector del periódico con el que colaboraba, para pedirle su ayuda en el esclarecimiento de aquel enigma; pero también averiguaría el modo de denunciar, de forma efectiva, la recepción no deseada de aquellos correos anónimos y horribles.

Aunque tales gestiones deberían esperar a que finalizara el reportaje y acordara con mi agente el calendario de presentaciones de mi novela.



# 3

POR AQUEL ENTONCES HACÍA ya más de cuatro años que había renunciado a mi puesto de redactora jefa en el primer periódico de tirada nacional, para dedicarme a la literatura. No obstante, como la mayoría de los novelistas, incluidos los más famosos, debía compaginar la creación literaria con el periodismo, para asegurarme unas ganancias económicas fijas y suficientes. Por suerte, el fulgurante éxito de ventas de mi primera novela y la buena relación personal que mantenía con quienes dirigían tanto el diario como el grupo empresarial al que éste estaba ligado, me sirvió para firmar un contrato de colaboración bastante completo y beneficioso. Una colaboración fija de un artículo de opinión semanal, una entrevista o reportaje mensual y la participación en una tertulia radiofónica todos los lunes, por una suma de dinero, también fija, que superaba con mucho al final de año lo que cobraba por las ventas de mis libros. Después, el éxito aún mayor de las dos novelas siguientes, la última de las cuales mereció un prestigioso premio literario muy bien negociado por mi representante, me incluyeron definitivamente en la pléyade de escritores conocidos por el gran público. Y este incremento de fama, conllevó una mejora de las condiciones económicas en mis colaboraciones periodísticas, que se vieron aumentadas además con una intervención mensual en un programa de debate televisivo.

Todo ello suponía un total de compromisos fijos que, con el transcurso del tiempo, empezó a agobiarme, sobretodo cuando también tenía que hacer frente a otras tareas puntuales y que dependían de fechas límite, como las correcciones o presentaciones de una nueva novela. Entonces me faltaba tiempo y el sistema nervioso se tensaba tanto que amenazaba con convertirme en una histérica crónica. Una histeria que se hacía mucho más evidente si, encima, sobrevenía por aquellos días algún contratiempo personal.

Precisamente estaba viviendo una de esas etapas de tanto estrés, cuando recibí aquellos dos *e-mail* en los que se adjuntaban sendas fotos de un mismo hombre, vivo en la primera, muerto en la siguiente. Además de

estar a punto de iniciar una pequeña gira para presentar mi última novela, mi vida personal atravesaba uno de los momentos más ajetreados. A pesar de que hacía mucho tiempo que vivía sola, mantenía entonces una relación sentimental que empezaba a declinar, mi única hija llevaba varias semanas insistiéndome para que conociera a su nuevo novio y el ginecólogo me hablaba de la necesidad de hacerme un legrado, después de haberme detectado unos pólipos en el cuello del útero durante la última revisión. Por todos estos motivos, olvidé tales mensajes electrónicos pocas horas después de recibirlos, pese a mi intención de averiguar quién me los había mandado a mi buzón privado —y no al que solía publicar al final de mis artículos—, así como la autenticidad de aquellas fotografías, en especial la segunda. Seguramente para justificar dicho olvido, en mi inconsciente se fraguó la convicción de que se trataba de una broma morbosa, para la que se había empleado, en el peor de los casos, fotos reales aparecidas en alguna publicación.

Pero de nuevo me vi obligada a retomar aquel asunto cuando, una semana más tarde, recibí otro mensaje anónimo, con una equis en lugar del nombre del remitente, la misma dirección falsa de correo electrónico y en cuya cabecera se afirmaba: *Este es el próximo, Minia*. La fotografía que se adjuntaba era la de un varón de unos cuarenta y cinco años, que aparecía de cuerpo entero, vestido con un elegante terno oscuro y caminando por lo que parecía una acera, una vía pública, aunque no se veía a nadie más. Era alto y delgado, de pelo corto y algo canoso, con los ojos cubiertos por gafas de sol. De su mano derecha colgaba un maletín negro que completaba el clásico aspecto de un hombre de negocios. Debajo de la foto, otro texto breve y de contenido aparentemente alegórico: *Dos cabezas de perfil se miran con un ojo cada una. Tiene una la boca abierta a causa del miedo que le da la cruz que la otra usa como arma arrojadiza*.

Como aquel sábado estaba en Barcelona, el mensaje lo recibí en mi ordenador portátil —comprado apenas un mes antes, más moderno y potente que el fijo que tenía en mi casa, pero con el que todavía no me manejaba tan bien, razón por la cual seguía aún prefiriendo el otro, el que había en mi despacho, junto a la impresora y el escáner, para realizar la mayoría de los trabajos—. Unas horas antes había dado una rueda de prensa para presentar mi novela y ahora estaba en la habitación del hotel, después de comer con mi agente y mi editor. Tenía dos horas para descansar, antes de coger un taxi que

me llevaría a los estudios de televisión, donde estaba previsto que me grabaran una entrevista de quince minutos, para el único espacio cultural que había programado en aquella emisora pública. Así que, pese a mi sospecha de que aquella era la foto de una próxima víctima de asesinato, no pude hacer gran cosa. Telefoneé al móvil de Álvaro Merino, subdirector del periódico con el que colaboraba, ya que al ser sábado por la tarde suponía que no estaría en la redacción, pero no me contestó y me limité a dejarle un mensaje pidiéndole que me llamara.

Álvaro me devolvió la llamada en el momento más inoportuno. Fue el lunes siguiente, a las diez y media de la mañana, cuando yo ya estaba de regreso en Madrid, pero reunida con Fernando, en una céntrica cafetería, discutiendo sobre nuestra ruptura.

—No sé qué es lo que esperas de mí. Desde el principio sabías cuál iba a ser nuestra relación. Nada de exclusividad, nada de vivir juntos.

Fernando tiene tres años menos que yo y por aquellos días aún no se había dejado esa horrible barba canosa que tanto le envejece. Entonces todavía llevaba la cara rasurada, dejando a la vista unos rasgos suaves y agradables. Sus ojos ya no sonreían con la facilidad con que lo hacían al principio de conocernos, cuando me adulaban en silencio y con absoluta franqueza, pero seguían poseyendo la capacidad de estremecerme cuando me miraban fijamente, enmarcados en esas pestañas tan tupidas y largas. Y en aquel instante estaban clavados en los míos, penetrantes y acusadores, como dos espejos opalinos en los que se reflejaran mis propios y más íntimos reproches.

Era cierto que nunca me había prometido fidelidad. Tampoco yo se la había pedido. Desde aquella noche en que compartimos lecho por primera vez, supe que no era hombre para vivir en pareja. Como yo, Fernando había intentado el matrimonio siendo muy joven; y, como yo, el rápido fracaso de aquella experiencia le había convencido de que jamás debía de repetirla. Sus frecuentes y largos viajes al extranjero, como reportero gráfico *free lance*, le impedían siquiera hacerse una idea de lo que sería una vida sedentaria, de compromiso monogámico. Y yo lo sabía. Nunca me negué a mí misma el deseo de haberle tenido siempre junto a mí y en exclusiva, sobretodo al principio, cuando nuestros encuentros amorosos eran mucho más apasionados, pero nunca se lo dije, nunca se lo insinué. En consecuencia, tampoco le reproché sus relaciones con otras mujeres. La mayoría solamente intuitas, si bien

hubo también algunas completamente contrastadas gracias a quienes se decían amigos comunes. No fueron muchas, es cierto, y, según parece, casi todas se limitaron a encuentros meramente sexuales. Pero no por ello me dolieron menos. No tenía ningún derecho a echarle en cara nada, ni siquiera mi fidelidad voluntaria y no correspondida, puesto que desde el principio habíamos dejado claras las bases de nuestra relación. Y, sin embargo, en mi fuero interno, poco a poco fui reconociendo que sus ausencias cada vez eran menos dolorosas, que su falta de cariño era cada vez más llevadera, que su renuencia al compromiso, a la convivencia, dejaba de ser una fuente de preocupación, de desolación inclusive, para convertirse en indiferencia. Y de ahí al convencimiento de que podía vivir sin él, sin sus escasas visitas, fue una transición que se produjo con naturalidad, con alivio, incluso con cierta rapidez. A la que siguió, casi sin darme cuenta, el deseo de liberarme de él, de apartarlo de mi vida. Y así se lo hice saber aquella mañana en que me telefoneó Álvaro Merino, para preguntarme en qué podía ayudarme.

—Te llamo en cinco minutos —le dije. Y a continuación hice todo lo posible por precipitar el final de mi reunión con Fernando. Síntoma claro de que ya había superado aquella relación, satisfactoria en sexo pero frustrante en sentimientos.

Volví a ponerme en contacto con Álvaro a través del teléfono móvil, en tanto me dirigía caminando hacia la consulta de mi ginecólogo. Durante años habíamos sido compañeros en la sección de política, hasta que a él lo enviaron de corresponsal a Nueva York. Un lustro más tarde, cuando volvió a Madrid para hacerse cargo de la jefatura de la sección de internacional, yo ya era redactora jefa de política. A partir de entonces nuestra amistad se fortaleció, ayudada por su reciente divorcio y mi prolongada soledad. Todavía no conocía a Fernando y una noche en que traté de consolar a Álvaro durante una cena, el exceso de bebida nos hizo confundir las cosas, los sentimientos, y terminamos pasando juntos la noche en mi casa. Fue una experiencia que no volvimos a repetir, pese a lo cual supimos preservar nuestra amistad, el recíproco cariño que sentíamos el uno por el otro. Una relación que seguimos cuidando después de que dejáramos de trabajar juntos. Poco después de que yo pidiera la excedencia, él fue nombrado subdirector del periódico.

—Mándame las fotos. Hablaré con Ramírez, para ver qué puede averiguar —me dijo Álvaro, antes de añadir—: De todos modos, yo de ti

denunciaría la recepción de estos mensajes. Creo que la Policía tiene un departamento dedicado a estos casos.

—Sí, tengo pensado hacerlo... , cuando encuentre tiempo. Te mandaré las fotos en cuanto llegue a casa. Muchas gracias.

El doctor Villanueva es mi ginecólogo desde que me divorcié y regresé a Madrid, hace ya veinte años. Poco después, me intervino quirúrgicamente en el pecho izquierdo para quitarme un quiste que, por suerte, resultó benigno. Desde entonces soy puntual a todas las revisiones que me propone. Tengo los pechos muy fibrosos y al parecer estoy en lo que clínicamente se llama grupo de riesgo, puesto que mi madre falleció como consecuencia de un cáncer de huesos que se le extendió desde una mama. Murió joven, sin haber cumplido los cuarenta años de edad; yo entonces tenía sólo doce. De ahí que cumpla escrupulosamente con mis periódicas citas ginecológicas: no quiero más sorpresas desagradables. Pero, mira por dónde, durante la última revisión no fueron mis tetas las que me sorprendieron, sino mi útero. El resultado de la rutinaria ecografía que me hacía el doctor Villanueva confirmó que tenía unos pólipos que, en su opinión, debían ser extraídos cuanto antes. Y así me lo reiteró aquella mañana de lunes en su consulta:

—Cuanto antes, Herminia. Cuanto antes operemos, mejor. Será una intervención rápida. No tendrá que pasar en la clínica nada más que una noche. Luego, eso sí, tendrá que estar unos días de reposo. Aunque sólo será un legrado, hay que evitar cualquier riesgo de hemorragia.

Francisco Villanueva me miraba con sus ojos grises por encima de unas gafas diminutas y bajo sus espesas cejas, largas y canosas. A pesar de conocerle desde hacía tantos años, nunca le había visto vestido de paisano. Tanto en su consulta como en la clínica, siempre le veía enfundado en su impecable bata blanca. Por ocasionales y breves comentarios que me hizo, sabía que estaba casado y que tenía hijos, algunos de los cuales ya le habían hecho abuelo, pero me costaba creer que en verdad aquel hombre tuviera una vida privada y familiar. Para mí, el flaco, calvo y circunspecto doctor Villanueva se pasaba la vida encerrado en su consulta de la Castellana, cuando no operando en algún quirófano.

—Ahora es mala época para reposar, doctor. Estoy en plena promoción de mi último libro y no paro de viajar...

—Lo sé, lo sé... El otro día leí una reseña en su periódico... O en el que era su periódico... Quiero decir, en el que trabajaba...

Villanueva forzó una sonrisa ladeada y efímera. Estaba sentado al otro lado de su inmenso escritorio de nogal, con la espalda muy tiesa y sosteniendo con sus manos largas y huesudas una estilográfica tan antigua como su diploma de licenciado en Medicina, expuesto en la pared que había detrás de él. En otra persona, es posible que interpretara aquella sonrisa como una tímida invitación a que le hablase de mi novela, o incluso un mal disimulado reproche por no haberle regalado un ejemplar, pues hay gente que cree que los escritores, en especial los autores de superventas, deberían de regalar sus obras a parientes, amigos y conocidos como si fueran cigarrillos. Pero sabía que en el caso de Villanueva tales interpretaciones serían del todo disparatadas. A lo sumo, aquella sonrisita suya, podía entenderse como un comentario mudo e irónico que venía a decir: «Ya vi la publicidad que te han hecho tus antiguos compañeros en el suplemento cultural». Y, de ser así, tendría razón. No voy a negar que contaba con todas las facilidades para que en dicho suplemento semanal se diera a conocer la aparición de mi nueva novela a bombo y platillo, a doble página, amén de una entrevista que se reservaba para las páginas de cultura de un día de la semana siguiente. A fin de cuentas, la editorial formaba parte del mismo *holding* que el periódico y las emisoras de radio y televisión con las que colaboraba cada semana. Otra cosa eran las publicaciones de la competencia, donde también aparecía la noticia de que Herminia Molina presentaba su última obra literaria, pero cuyos espacios eran más reducidos y las críticas no solían ser tan benévolas. Algo que a mí no me preocupaba en exceso, salvo en un caso muy determinado: la crítica del insigne Aristarco, seudónimo poco original pero muy conocido de un antiguo profesor mío de la facultad, que todavía no había aparecido en las páginas del diario con el que colaboraba, el segundo más leído en España, ni tampoco en el espacio cultural que él dirigía todos los sábados en una de las emisoras de Radio Nacional de España.

—... Pero ha de hacerse a la idea de que debe quedarse en casa durante unos días, después de la intervención —agregó Villanueva.

—Supongo que podremos esperar un par de semanas...

—Podemos esperar todo lo que quiera. Pero mi obligación es decirle que debe someterse a la operación cuanto antes.

—¿Qué tal dentro de quince días? Podríamos concertar ya una fecha, si le parece —propuse con ánimo de zanjar cuanto antes aquel asunto.

—De acuerdo. Emilia la llamará cuanto antes para concretar el día y la hora en que habrá de ingresar en la clínica.

Me despedí de Villanueva con la promesa de que aceptaría sin ningún reparo la fecha que me daría su enfermera por teléfono y, acto seguido, cogí un taxi para ir hasta el restaurante en el que había quedado citada con María y su novio.

A sus veintiséis años, María era una mujer independiente, profesora de Lengua Española en la Universidad Autónoma de Madrid, mucho más bonita y jovial de lo que fui yo a su edad, aunque con tan mala suerte como la mía en su relación con los hombres. Hasta entonces, había tenido, que yo supiera, dos parejas estables, la más duradera de las cuales no superó el año. Sin embargo, esta vez parecía distinto. No porque ella me lo repitiera una y otra vez, sino por el entusiasmo que de verdad irradiaba cuando hablaba de su nuevo amigo, al que conocía desde hacía unos meses, y con el que ya había empezado a convivir, en el apartamento de él.

Mi primera impresión fue muy positiva. Ciertamente parecían compenetrarse y percibí un nivel de complicidad entre ambos muy prometedor. María estaba radiante, con un vestido rojo que realzaba su cutis blanco y su melena trigueña. Se la notaba emocionada por aquel encuentro que ella había promovido, deseosa de que Luis, su novio, y yo, su madre, nos conociéramos. Yo tenía curiosidad; él, según me había asegurado María, ansiaba conocerme no sólo por ser su madre, sino porque hacía tiempo que leía con admiración mis artículos de prensa, identificándose casi siempre con las opiniones que en ellos expresaba.

Luis tenía treinta años y era soltero. Vestía americana oscura sobre un jersey de cuello alto. Su cuerpo era más bien menudo, un par de centímetros más bajo que María, y sus rasgos faciales no eran nada extraordinarios: pómulos y barbilla prominentes, pelo corto y castaño, nariz aguileña, ojos marrones y vivaces, más bien pequeños... Quizá fuera su boca lo que más destacaba, con unos labios rellenos y sonrosados, muy proclives a la sonrisa. Pero enseguida comprendí que no fue su físico lo que atrajo la atención de mi hija, sino su mente. Me bastó conversar con él durante unos minutos, para quedar encantada con su afabilidad, su simpatía, el trasfondo culto,

sensible y honesto que se adivinaba detrás de sus comentarios, de su hablar pausado, de su escuchar atento. . . Dentro de aquella cabeza de rasgos vulgares, en verdad había oculto un tesoro envidiable, reconocí antes de llegar a la sobremesa. Me sentí muy orgullosa de María, y contenta por la clase de hombre con quien acababa de emprender una vida en común.

Casi todas las veces que me interesé por su profesión, Luis me respondió escuetamente, eludiendo un tema que, según dijo, era demasiado aburrido.

—Soy bioquímico y ahora trabajo para un laboratorio privado. Nada emocionante para la mayoría de los mortales. A mí me entusiasma, por supuesto, pero reconozco que no es un tema de conversación muy interesante para abordarlo de manera coloquial. . . Por eso prefiero que hablemos, si no te importa, de tu trabajo, de tus novelas, de tus artículos. . . No todos los días se tiene la suerte de conocer a un ídolo.

Aparte del halago, me gustó la manera tan natural como me tuteaba, sin necesidad de que yo se lo hubiese pedido. Supuse que María le había advertido de mi preferencia por el tuteo, incluso entre personas recién conocidas, en situaciones como aquella, de reuniones privadas, casi familiares. Lo contrario me molestaba, no tanto porque conllevara —bajo el estúpido y arcaico pretexto de patentizar el respeto debido— un reconocimiento de persona de mayor edad, como por la barrera convencional e invisible, pero fría y efectiva, que se levantaba entre las personas. Tan sólo el doctor Villanueva se había resistido a tutearme. Pero, al fin y al cabo, era mi ginecólogo, casi un dios, lo cual justificaba de alguna manera su renuencia a suprimir la distancia entre ambos.

—El sábado por la noche hemos invitado a cenar en casa a unos pocos amigos. Nos gustaría que vinieras. Algunos ya los conoces, otros están deseando conocerte. Comparten mi admiración por tu trabajo.

—Es una especie de celebración por el inicio de nuestra convivencia. Vendrán sólo los íntimos. No más de media docena. También vendrán los padres de Luis —añadió María—. Nos hace mucha ilusión que asistas.

—Lo procuraré. Pero ya sabéis que estoy en plena promoción. . . —Por un momento estuve a punto de hablarles de mi próxima intervención quirúrgica, pero enseguida cambié de opinión. No era un tema para contárselo a María delante de Luis. Tampoco era cosa de excederse con las confianzas. En cambio sí que les hablé de los mensajes anónimos que había recibido por Internet.

22 Los comenté sin darles mucha importancia, pues no quería preocupar a

María, y enseguida me alegré de haberlo hecho. Ella me pidió que le enviara los textos de dichos mensajes, ya que tenía un compañero muy aficionado a los enigmas que tal vez podría ayudarme a descifrarlos, y Luis me ofreció la colaboración de su padre, que resultó ser un insigne científico forense, el cual podría echar un vistazo a la foto del muerto y hasta recomendar, llegado el caso, una investigación policial. Acepté con agrado ambas ofertas y me despedí de ellos prometiéndoles que haría todo lo posible por ir a cenar a su casa el sábado siguiente.

Llegué a casa a las nueve de la noche, después de haber participado durante una hora en la tertulia radiofónica. Estaba cansada y deseando meterme en la ducha, pero antes incluso de desvestirme decidí telefonar a Nuria, mi agente literaria, que vive y tiene su oficina en Barcelona. Es la primera y única representante que he tenido, la conozco desde hace seis años y, a lo largo de este tiempo, se ha convertido también en mi confidente. Nuestra confianza mutua es absoluta, aunque alguna que otra vez tenemos nuestros desencuentros, nuestras discusiones, que casi siempre se zanján rápidamente y sin dejar huellas irreparables. Le conté lo de la intervención quirúrgica a la que debía someterme y del reposo que me vería obligada a respetar durante los días subsiguientes. Al descartar la posibilidad de un retraso, accedió a adelantar o posponer los dos actos que ya estaban previstos para esas fechas, ambos fuera de Madrid, previa consulta con el gabinete de prensa de la editorial. También le hablé de los anónimos, pues quería que me ayudase a buscar la forma de denunciarlos, sin necesidad de acudir a la Policía. Nuria odia que confundan su labor de agente con la de una secretaria, de modo que puse bastante empeño en pedirselo como amiga.

—Todavía no estoy segura de que no sea una broma y no quiero por lo tanto precipitarme, acudiendo a las autoridades. Pero sí que me gustaría saber si puedo evitar que me sigan mandando este tipo de mensajes.

—Déjame que haga unas cuantas consultas. Te llamaré en cuanto averigüe algo.

Aquella conversación con Nuria me recordó que debía enviarle las fotos a Merino, pero lo dejé para después de ducharme y ponerme cómoda. De manera que no fue hasta cerca de las diez y media, cuando mandé por correo electrónico a la subdirección del periódico las tres fotografías que había recibido anónimamente.



DOS DÍAS DESPUÉS DE mi última visita al doctor Villanueva, su enfermera me llamó al móvil para informarme de la fecha en la que debía ingresar en la clínica donde me realizarían el raspado: justo quince días más tarde, el último miércoles de aquel mes. Recibí la llamada en Barcelona, adonde me había desplazado otra vez para ir al programa que presentaba Julia Otero en la TV3. Fue una entrevista amplia y agradable, que me ayudó a recobrar el ánimo y a olvidar momentáneamente los problemas que me acuciaban. Problemas no muy importantes, pero que se estaban acumulando de manera fortuita y constante.

Aquel miércoles cené con Nuria, mi agente literario, en un restaurante del paseo de Gracia, cerca del hotel donde me hospedaba. Me puso al corriente de las últimas apariciones de mi novela en los distintos medios de comunicación, así como del reajuste que se había visto obligada a realizar en la agenda, de acuerdo con la relaciones públicas de la editorial, como consecuencia de mi futura intervención quirúrgica.

—Hemos conseguido adelantar la entrevista en Tele Sur para el miércoles que viene. De manera que la próxima semana deberás hacer un pequeño periplo por media España. El lunes en Valencia, el miércoles en Sevilla y el viernes, a falta de confirmar, tendrás que estar en Santiago.

Nuria tenía una fe ciega en la repercusión publicitaria de las televisiones autonómicas. Afirmaba que cada vez tenían más audiencia y, en determinados casos, algunos de sus programas encabezaban los ranking. Estaba demasiado contenta con el resultado de mi reciente entrevista con Julia Otero como para discutirle aquellas aseveraciones, de modo que acaté el calendario que me proponía. Nuria tenía un temperamento firme, poco dado a la flexibilidad, aunque había aprendido a ceder cuando las circunstancias se lo aconsejaban. Conocía mi carácter muy bien, mis flaquezas y mis fobias, así que nunca insistía en los pocos momentos en que yo me obcecaba. Entonces respetaba mi opinión, de la misma manera que yo casi siempre comprendía sus deseos

de incrementar su comisión, que se correspondía al diez por ciento de mis remuneraciones editoriales.

—Hablando de otra cosa: he hecho las gestiones que te prometí sobre lo de los mensajes que has recibido en tu ordenador —me dijo cuando estábamos saliendo del restaurante—. Como cliente que eres de Telefónica, puedes dirigirte a un centro de atención que esta empresa tiene para atender este tipo de incidencias. Se llama Némesys y hay dos maneras de contactar con él: a través de una página web o enviando un correo electrónico. He hablado con un amigo mío, técnico informático, y me ha contado por encima cómo trabajan en ese centro de atención de reclamaciones. Por lo visto, en tu caso, si detectan quién es el remitente, se limitarán a mandarle una carta... siempre y cuando reciban un mínimo de treinta y cinco denuncias contra él...

—¡Treinta y cinco denuncias...!

—Sí —sonrió mientras caminábamos por el paseo de Gracia. Hacía frío y ambas nos arrebujamos en nuestros respectivos abrigos.

—Si se tratara de un pirata informático, o enviara pornografía infantil, lo pondrían en conocimiento de las autoridades competentes, pero al ser un simple envío de correo electrónico no solicitado, lo que se conoce como *spam*, simplemente esperan a que se produzca el número de denuncias requeridas, para enviarle una carta de amonestación.

—Entonces, pueden averiguar con facilidad de quién se trata... —deduje.

—No sé si con facilidad, pero sí... Al parecer, todos los correos electrónicos contienen el recorrido que han hecho desde su origen, lo que pasa es que no está a la vista y la mayoría de los usuarios no sabemos cómo descubrirlo. Aparece con claridad el servidor que utiliza el remitente, y como en todos los servidores quedan registradas las direcciones de cada uno de los mensajes... Las llaman direcciones IP, y todos los ordenadores que se conectan a Internet tienen una IP distinta.

—O sea, que en ese centro Némesys pueden averiguar quién me ha enviado los mensajes...

—Sí... Aunque mi amigo dice que, a veces, si quien lo hace es un verdadero experto, puede valerse de un ordenador ajeno para enviar los mensajes.

—¿En serio? ¿Quieres decir que se puede meter en un tercer ordenador para hacerlo?

—No físicamente, claro está. A través precisamente de Internet, puede colarse en algún ordenador, aprovechando lo que mi amigo denomina un agujero de seguridad. Es el clásico pirateo, lo que hacen los *hacker*, sólo que, en vez de sabotear el contenido del disco duro, se limita a usar su IP para enviar el correo electrónico. Entonces se dice que éste, el *spam*, es involuntario, puesto que el dueño del ordenador no es responsable del mismo...

—Y resulta imposible dar con el verdadero remitente...

—Imposible, imposible, creo que no... Pero en tu caso, Minia, creo que deberías de preocuparte de todo denunciándolo directamente a la Policía. ¿Has recibido alguno más?

Ya estábamos en la puerta del hotel, así que invité a Nuria a tomar una copa en el bar. Pero ella rechazó mi invitación, confesándome con una sonrisa picarona que precisamente tenía una cita con Jordi, el técnico informático amigo suyo.

—No, no he recibido ningún mensaje más. Y reconozco que me siento aliviada de que así sea. Temía recibir, al día siguiente del último, una foto en la que apareciese muerto el desconocido del maletín...

—De todos modos, de recibir alguno más, yo de ti se lo comunicaría a las autoridades y me descargaría así de toda responsabilidad —me aconsejó, antes de despedirse con un par de besos y marchar hacia el estacionamiento subterráneo más cercano.

Al día siguiente, ya en Madrid, recibí una llamada de Álvaro Merino, que me pidió que me acercara esa misma tarde por la redacción del periódico.

—Estaré esperándote con Ramírez. Creo que es urgente que nos reunamos para hablar de las fotos que recibiste...

—¿Ha averiguado Ramírez algo interesante?

—Sí... Bueno, es mejor que vengas. Así podremos hablarlo los tres juntos.

—De acuerdo. ¿A qué hora os viene bien?

—Cuanto antes. Ya sabes que luego estaremos muy atareados con el cierre de la edición. A las cinco estaría bien.

Y a las cinco en punto me presenté en el despacho de Álvaro. Allí encontré también a Manolo Ramírez, un cincuentón fornido y vestido con ropa deportiva, considerado una institución por sus compañeros, uno de los mejores y más prestigiosos redactores del periódico.

Desde su fundación, a mediados de la década de los setenta, el periódico nunca había contado con una sección de Sucesos propiamente dicha. Las noticias relacionadas con estos hechos y que se consideraban relevantes, se incluían en las páginas de Local, Sociedad o Nacional, dependiendo de la naturaleza de la misma. Las grandes operaciones contra los narcotraficantes, por ejemplo, casi siempre se incluían en las páginas nacionales, en tanto que un parricidio o un atraco con rehenes podían aparecer en sociedad o en los cuadernillos locales, allá donde los hubiera. Un simple robo o una pelea con heridos, por el contrario, ni siquiera eran recogidos en un suelto. Como consecuencia de ello, no existía un grupo de redactores dedicado a estas noticias, si bien Manolo Ramírez llevaba ya más de veinte años especializado en las concernientes a operaciones policiales de gran envergadura, lo que le convertía de hecho en el periodista con los mejores contactos tanto en los juzgados como en las comisarías.

—Van a hablar contigo, pero he querido adelantarme para avisarte. Por eso le he pedido a Merino que te citara aquí...

—¿Quiénes quieren hablar conmigo?

—Los policías que están investigando la muerte de este hombre...

Ramírez dejó sobre la mesa un folio, en el que aparecía la copia de una de las fotos que yo había recibido por Internet. Era la segunda de ellas, la que mostraba a un hombre caído en el suelo, con la entrepierna destrozada.

—O sea, que es verdad...—murmuré.

Estábamos los tres sentados en una esquina del despacho de Álvaro, alrededor de una mesa redonda. Éste me había servido un café y Ramírez sostenía en su mano izquierda un puro apagado.

—Sí —confirmó Ramírez, mientras yo observaba con renovado interés aquella imagen impresa—. Se llamaba Federico Martínez y era el gerente de una financiera. Su cadáver fue hallado en la mañana del día 2, en el garaje del edificio donde vivía.

—¿Y qué le pasó? —pregunté, sin separar la mirada de la foto.

—Según el informe del forense, fue atacado por un animal, con casi toda seguridad un perro de gran tamaño, que le produjo una única herida, aunque mortal, en los genitales. Literalmente, se los arrancó de cuajo.

No me hizo falta mirar a Álvaro para notar el estremecimiento que sintió al escuchar las palabras de Ramírez, a pesar de que éste ya le había anticipado tan morboso detalle.

—Debió de ser un perro adiestrado para atacar —comentó el subdirector en un murmullo—. Aunque no entiendo qué hacía en el garaje de un céntrico edificio de Madrid... Puede que estuviera perdido...

—Esa era una de las hipótesis que barajaban los inspectores que llevan el caso, aunque no era la que más les convencía, pero acaban de descartarla después de que vieran esta foto —informó Ramírez—. Ahora están convencidos de que fue un asesinato. El ataque premeditado de un perro peligroso azuzado por su dueño.

—Pero quien me envió esta foto no tiene por qué ser forzosamente un asesino, o el inductor... Puede tratarse de una de las fotografías que debió hacer la propia Policía, antes de ser levantado el cadáver, o que se la hiciera alguien antes...

—Nosotros dimos la noticia de esta muerte a media columna, en la gacetilla local de Madrid —dijo Álvaro—. Sin foto. Tampoco aparecieron fotos en los otros dos diarios que recogieron la noticia.

—Es cierto que los agentes de Identificación hicieron algunas fotos del cadáver en el mismo sitio donde fue encontrado, pero me aseguran que ésta no es copia de ninguna de ellas. Por otra parte, sólo una persona vio a la víctima antes de que los patrulleros llegaran al garaje. Fue la misma que los avisó, un vecino del mismo edificio. Y éste ha jurado repetidas veces que él no hizo ninguna foto. Algo que, por otra parte, no tiene realmente mucho sentido... Así que los inspectores que llevan el caso creen que las hizo el asesino... o el dueño del perro.

—¿Y qué han dicho del texto? —pregunté.

—¿Qué texto?

—El que se adjuntaba al pie de la primera foto de este pobre hombre.

—Todavía nada, porque no se la he dado hasta esta mañana.

—¿Y eso? ¿Por qué no se la diste junto con esta foto?

—Porque no lo creí oportuno —respondió Ramírez, removiendo incómodo su enorme cuerpo en la silla—. Lo primero que me propuse era saber si la foto

donde aparecía el cadáver era auténtica y si se refería a un crimen reciente, de modo que sólo les facilité ésta. ¿Para qué darles las otras dos, que no tenían importancia por ser de dos hombres vivos, hasta saber si era algo importante o una simple broma que te habían hecho? Esta mañana, una vez que me informaron de que se trataba en verdad de un asesinato cometido hace trece días, les he hablado de las otras dos fotos, las cuales se las he entregado hace un rato.

—Entonces, no sabemos quién es el otro hombre, el que aparece en la última fotografía que recibí. . .

—No, claro. Me imagino que intentarán identificarlo cuanto antes. Aunque lo que más les interesa ahora mismo es hablar contigo. . .

—Comprendo —dije—. ¿Les diste mis teléfonos?

—Sí, pero les pedí que me dieran tiempo para que fuera yo quien te avisara. A cambio, les prometí que tú misma irías a verlos a su comisaría. . . Creo que es lo mejor, puesto que de todos modos deberías declarar si no ante el juez que instruye el caso.

Así pues, aquella misma tarde, acompañada por Ramírez, me personé en la Comisaría de Policía de Chamartín, para entrevistarme con el inspector jefe del grupo de Homicidios que llevaba el caso de Federico Martínez, el hombre muerto en su garaje, supuestamente atacado por un perro asesino. El policía se llamaba Enrique Montero, frisaba los cincuenta años de edad y me atendió con amabilidad. Firmé una breve declaración y me comprometí a colaborar con ellos en todo cuanto estuviera a mi alcance.

—Mis compañeros de la brigada de Investigación Tecnológica se pondrán en contacto con usted en cualquier momento, para recabar algunos detalles de estos correos electrónicos.

—Les atenderé encantada —afirmé, antes de preguntar con intención de sacar alguna información como contrapartida a mi colaboración, aunque aparentando la mayor de las ingenuidades—: ¿Sospechan ya de alguien? ¿Tienen un móvil?

Montero sonrió ante la espontaneidad con que expuse mi curiosidad. También sonrió Ramírez, pero porque sabía que yo estaba simulando aquella ingenua espontaneidad que tanta gracia parecía hacerle al policía.

—Todavía no. Este señor Martínez era un financiero que se dedicaba a la concesión de créditos personales, lo que en principio no es una ocupación que ayude precisamente a crear amigos.

—Entiendo, era un prestamista —dije.

—Un usurero —puntualizó Ramírez contundentemente.

—Bien. . . —titubeó Montero—. Sí, la verdad es que concedía préstamos a un interés que, en según qué casos, podrían calificarse de abusivos. Era el tipo de gente al que suelen recurrir los desesperados, los que necesitan con urgencia conseguir una suma de dinero y no tienen avales ni crédito entre las entidades financieras habituales, como bancos y cajas de ahorro. . . También era muy conocido entre los corredores de apuestas. . . En fin, la lista de personas que podrían desear su muerte nos tememos que puede ser demasiado extensa. Pero en ello estamos.

—¿Y es seguro que fue un perro el que lo mató?

—En eso no hay duda. El forense que le hizo la autopsia dice que los mordiscos que recibió son los de un perro, aunque no se atreve a señalar una raza concreta. Ni siquiera con el análisis que ha hecho el gabinete de Policía Científica con los pelos que se encontraron entre los dedos de la víctima, se ha podido concretar esta información. Así que se presenta como una empresa hartó difícil conocer siquiera la raza del perro. Según el SEPRONA, el Servicio de Protección de la Naturaleza de la Guardia Civil, sólo en la Comunidad de Madrid hay censados más de setenta mil perros de las razas consideradas peligrosas —y, tras suspirar, concluyó resignado—: La verdad es que, de momento, la mejor línea de investigación que tenemos es la que usted nos ha proporcionado.

Enrique Montero volvió a sonreír, al tiempo que me miraba satisfecho por la impresión tan favorable que, según creía, estaba causando a una conocida novelista. Y yo le devolví la sonrisa con un gesto de fingida admiración.

—¡Qué bien! ¿Y qué me dice del otro hombre, el que aparece en la tercera foto?

—Se la pasaremos a nuestros compañeros de Identificación para que averigüen quién es cuanto antes. Aunque, por razones obvias, no espero noticias suyas inmediatamente.

—Comprendo.



A PESAR DEL LLANTO de su hija de seis años, Silvino está dispuesto a llevarse a *Guilopa* para sacrificarla. La niña ha escuchado la conversación que han mantenido sus padres y sabe de la decisión que han adoptado de acabar con la vida de la galga. Suplica que no la maten, contagiando el lloro a su hermanito de dos años, que la secunda con lágrimas solidarias aunque sin comprender la causa de tanta pena.

*Guilopa* ha sido durante años una perra ventora y lebrera, de pelo duro y cereño, experta en cazar las piezas más huidizas. Muy pocas fueron las liebres que lograron zafarse de ella con regates o encamándose en la maleza, puesto que *Guilopa* era tan ágil en la carrera como zarceando. Pero ahora es una perra vieja, renga a causa de una enfermedad degenerativa muy común entre los perros de gran tamaño, aunque no tanto entre los galgos: la displasia de cadera, complicada últimamente con una artrosis muy dolorosa. Coja y vieja, hace más de un año que se ha convertido en un animal inútil para la caza. Aitana, la esposa de Silvino, ha propuesto su entrega a un albergue, pero éste se ha negado, reacio a dejarse ver por un sitio que considera el colmo de la sofisticación. «Lo mejor es sacrificarla», dice con voz cavernosa. Silvino es un hombre lacónico, y quizá por eso se calla la manera como tiene pensado acabar con la existencia de la perra. Aitana cree que al menos lo hará rápidamente, del modo más digno posible, tal vez de un único y certero disparo. *Guilopa* se lo merece después de tantos años de buen servicio y camaradería. Pero su marido es de los cazadores convencidos de que ningún perro vale un cartucho. Algo intuye ella cuando ve marchar a su esposo sin la escopeta. Abre él la puerta trasera de la furgoneta y llama con un silbido a la perra. Otros dos galgos más jóvenes y menos remolones acuden junto con *Guilopa* a la llamada de Silvino. El remeneo de colas languidece cuando el dueño sólo deja subir al vehículo a la más vieja.

La mañana había amanecido con el cielo acelajado por unas pocas nubes tenues, que asomaban como una ceja por encima del cordal quebra-

dizo formado por los montes Maigmó y Catí. Sin embargo, a lo largo del día, aquella banda de nubes había crecido, cubriendo el valle con su triste grisura. Por eso Silvino conduce ahora su Citroën C-15 con prisa a través de caminos muy poco concurridos, cubiertos en el mejor de los casos por una fina capa de recebo. Quiere estar de vuelta en su hogar antes de que empiece a llover. A unos dos kilómetros de su casa, en el centro justo de la Hoya de Castalla, encara una estrada formada por el rodal de unos pocos vehículos que lleva a un paraje recóndito y tranquilo. Allí, junto a una caseta en ruinas, se apea de la furgoneta y enciende un cigarrillo. Luego hace que se baje *Guilopa*, a la que ata con una trailla. También coge una sogá liada y nueva del interior del automóvil, antes de cerrar la portezuela trasera.

Bien abrigado por su gabán y calzando botas camperas, Silvino echa a andar por un sendero, seguido por la renqueante galga. Contempla los alrededores mientras consume el pitillo, buscando el sitio apropiado. Está deseando acabar cuanto antes, pero se ha impuesto a sí mismo hacerlo bien. No todos los días se sacrifica a un animal y él quiere disfrutar del momento.

Silvino es un hombre que se siente seguro. Su confianza se fundamenta sobre todo en su poderío físico. Sabe que no posee el atractivo de un galán, y hasta puede que su aspecto sea demasiado rústico: espaldudo, con una cabellera rizada y encrespada, cuello grueso, piernas estevadas . . . , pero conoce perfectamente la impresión que causa en los demás su cuerpo proceroso, tan alto y corpulento como el de un oso. De ahí que no se alarme cuando sus oídos perciben un ruido que se le antoja algo extraño, procedente de la maleza que hay a su derecha. Ha sido un tris, un sonido tan leve como el producido por una ramita al quebrarse, y él calcula que lo más probable es que se trate de una musaraña agazapada, asustada ante su inesperada presencia.

A unos cuarenta metros de la caseta en ruinas, se acerca Silvino a un almendro solitario. Arroja la colilla al suelo, donde la pisotea para apagarla, y ya con las dos manos libres, hace en uno de los cabos de la sogá un lazo corredizo que a continuación pasa por encima de la horcadura del árbol. Suelta el collar que lleva puesto *Guilopa* y, al tiempo que le pasa el lazo alrededor del cuello, ésta le lame las manos, rabeando ligeramente. Pero la única emoción que siente el hombre proviene de la parte más oscura de su alma. Nada de ternura, nada de compasión. Ninguna duda sobre lo que desea hacer. Es la tercera vez en su vida que sacrifica a uno de sus perros. En las dos ocasiones



anteriores tensó bien la cuerda hasta dejarlos con las patas delanteras levantadas, esperando con paciencia y mientras fumaba un par de cigarrillos a que los animales se cansaran tanto que, dejándose caer para tumbarse y descansar, terminaran ellos mismos asfixiándose. Pero ahora tiene prisa, de modo que se presta a ahorcar directamente a *Guilopa*. Tira fuerte de la soga y el lazo se cierra de inmediato sobre el cuello de la galga, que gime más sorprendida que dolorida. Acto seguido empieza a subirla con tirones fuertes y decididos, y la perra deja de gemir. En tanto ata el extremo de la cuerda en una rama del almendro, vuelve Silvino a escuchar un ruido extraño procedente de la maleza circundante. Presta mayor atención quieto y en silencio, con el cuerpo de *Guilopa* colgando ya sin vida del árbol, pero ahora no oye nada. Ha sido como el triscar de un animal escondido. ¿Será posible que haya alguien o algo acechándole? Silvino se maldice por no haberse traído alguna de sus escopetas, pero no siente tanta alarma como para precipitarse en una huida alocada. Sea animal o persona el escondido ser que le está observando, no va a darle la satisfacción de verle correr. Si es que se trata al fin de un ser vivo. . .

Así, más preocupado por los ruidos que oye a su alrededor que por darle sepultura a la perra que durante años le ha servido fielmente, Silvino emprende el regreso al lugar donde está su furgoneta. Pero, según avanza, escucha claramente nuevos ruidos al otro lado de la alta maleza que queda a su izquierda. Está casi seguro de que son pisadas humanas y, aunque piensa en la posibilidad de correr hasta allí para descubrir de quién se trata, rechaza la idea y continúa su camino hacia el automóvil. Tiene el remusgo de que un peligro incierto se cierne sobre él. Un peligro que es mejor no encarar abiertamente, sino rehuir. No se siente acobardado porque eso sería tanto como reconocer que tiene miedo, y eso jamás lo haría. No obstante acelera el paso, presintiendo que aquella vaga amenaza empieza a enconar su ánimo. ¿Por qué no cogería una escopeta?, se maldice nuevamente un instante antes de abrir la portezuela de la furgoneta. Arranca el motor y conduce el vehículo por el sendero de tierra.

Es casi de noche cuando la Citroën C-15 de Silvino enfile la carreterita de entrada a su pequeña finca. Es una portillera sin verja ni muro, que deja el paso expedito hasta la casa. Aitana ha encendido la lámpara del porche y su marido mete el automóvil en la cochera, cuando desde el nimbo gris y enorme empiezan ya a desprenderse las primeras gotas de lluvia.

Los hijos llevan un rato acostados y Aitana está terminando de servir la cena sobre la mesa del saloncito. Los ojuelos de ella le sonríen mientras toman asiento, pero la seriedad de Silvino persiste, advirtiéndola de que algo le preocupa. El televisor que hay enfrente, encima del aparador, está encendido, y a él acude la mirada de Aitana. Su marido también echa un vistazo a la pantalla, pero aparta los ojos al tiempo que emite una especie de gruñido reprobador. Están emitiendo un programa que detesta. A Silvino sólo le entretienen las películas de acción, y no todas. El resto no son más que una sarta de mentiras e idioteces. Suelta un regüeldo en cuanto acaba con el último bocado y, aunque ella todavía está comiendo, se levanta de la mesa para ir a sentarse en la mecedora cercana a la chimenea. Enciende un pitillo y se queda abstraído mirando las llamas del fuego.

Silvino medita sobre quién o qué pudo estar espiándole un rato antes en el campo, sin hallar una respuesta que le satisfaga. Su perspicacia intelectual no está a la misma altura que su perspicacia auditiva, de modo que no logra imaginar lo que podía ser. Debería de haber mirado entre la maleza y así no estaría ahora devanándose los sesos, se amonesta a sí mismo, en tanto remueve la lumbre con el hurgón. Multitud de chispas nacen crepitando y ascienden a continuación por el humero de la chimenea.

Aitana le observa en silencio. De soltera era una jovencita habladora, vocinglera inclusive, pero desde hace unos años se ha convertido en una mujer madura y callada. La facundia fue desapareciendo después de casada, conforme iba descubriendo que su hombre apenas entreoía lo que ella le contaba. Poco a poco se fue acostumbrando a reprimir las ganas de conversar, de preguntar. De ahí que ahora se ciña a mirar a su esposo sin siquiera molestarse en tratar de averiguar el motivo de su preocupación. Seguramente, se dice, tendrá que ver con algún problema en la fábrica de puertas donde trabaja, o con alguna discusión en el bar entre cazadores, o con alguna apuesta en el monte. A él le gusta jugar a las cartas de vez en cuando, pero Aitana está tranquila en ese sentido, pues sabe que sus apuestas nunca son demasiado altas. Cualquier cosa puede ser la causa de su preocupación. Cualquier cosa, salvo la muerte de *Guilopa*. Conoce demasiado bien el carácter de su marido como para rechazar esta posibilidad de plano. En la mente tosca, casi avenada, de su esposo, no hay lugar para el remordimiento.

Repasa Aitana de soslayo la figura sedente de su hombre y, pese a todo, siente un cosquilleo íntimo que la perturba levemente. No sabe ni remotamente que aquello es producto del estrógeno que desprende su organismo, pero empieza a notar las consecuencias. Enfrente tiene a un varón pescozudo y patizambo, con el pelo sucio y rebujado, tan rupestre de aspecto como de corazón, incapaz de concebir el más mínimo gesto romántico, y sin embargo su presencia provoca en ella una soflama de voluptuosidad.

Se incorpora Aitana de la silla y se acerca al televisor con intención de apagarlo, pero se arrepiente en el último momento. Cruza el comedor con paso lento, comprobando que su marido ni siquiera la mira. Ha tirado la colilla a la chimenea y está abstraído mirando cómo se quema. Ya en el dormitorio enciende la lamparita de noche y se encara con el espejo que cubre buena parte del frontal del armario. Se quita la bata guateada y se queda mirando su figura, cubierta con el pijama de felpa. Busca entre los cajones y, después de hallar un camisón corto y transparente que compró hace un mes en el mercadillo de Castalla, se desprende del pijama. Recorre su cuerpo desnudo con la mirada durante un momento. Se sabe rolliza, aunque considera benévola que todavía no ha perdido del todo la curvatura de sus caderas. Su autocomplacencia se extiende a sus pechos, aún tersos pese a haber dado de mamar a dos criaturas. Todavía no ha cumplido los treinta años y ya ha perdido la costumbre de acicalarse. Hubo una vez, recién casada, que se recortó el vello del pubis y de las ingles, pero a su marido no le gustó. Las mujeres honestas no se recortan el pendejo, le dijo. Ahora ya no se depila ni las axilas. De todos modos, tal frondosidad capilar parece gustar a su hombre, y eso es lo que importa. Se pone el camisón y regresa al saloncito, que recorre nalgueando ostensiblemente. Apaga el aparato de televisión y vuelve a pasar junto a Silvino, que ahora sí se fija en sus ondulantes posaderas.

Ya está echado el anzuelo, de manera que sólo le queda esperar. En los ojos de su hombre ha visto la rutilancia que esperaba y está contenta. Apaga la lámpara y se mete en la cama. Durante un rato sólo se escucha el chapateo de la lluvia, que verbera en los cristales de la ventana, pero no ha de esperar mucho para oír a Silvino entrando en el dormitorio. Éste se desnuda veloz y se introduce entre la ropa cama, olORIZÁNDOLA con su característico perfume a sudor rancio, que Aitana ya casi no percibe. Se monta sobre ella al mismo tiempo que enfalda el camisón con una de sus manazas y enseguida percute

con su bálano en el perineo femenino, hasta que su esposa le ayuda a dirigirlo adecuadamente. Es casi un acto reflejo el de Aitana, que ha tiempo que dejó de sorprenderse de la torpeza de su hombre para acertar con un miembro de su cuerpo en algo tan cercano, siendo por el contrario tan avezado en atinar a las piezas que corren a distancia con la escopeta. Sofoca Silvino su efímera pasión con violentos movimientos, resollando en el oído de su esposa. Culmina con rapidez, perneando como si agonizara, y acto seguido se quita de encima para ponerse de costado, de espaldas a ella, que todavía está perniabierta y ansiosa. En cambio la satisfacción de él se evidencia en la rapidez con que concilia el sueño, tras un pedorreo que suena bajo la ropa cama como anuncios lejanos de tormenta.

Se queda así Aitana durante un rato despierta y malograda. Pese a estar acostumbrada a la anorgasmia, hay veces que tarda en recuperarse de su frustración. Una frustración más fisiológica que emocional, puesto que sabe que su esposo, incapaz de ofrecer siquiera un retazo de amor, es en cambio un hombre sano y fuerte, capacitado físicamente para mantener mejores experiencias sexuales. En tales pensamientos está Aitana, a oscuras y acompañada por los incipientes ronquidos de Silvino, cuando a pesar de ello le parece oír el repiqueteo producido por el rilar de un cristal. Al principio piensa que quizá ha empezado de nuevo a llover, achacando este ruido al reteñir del cristal de la ventana por culpa de las gotas de lluvia, pero al cabo de un ratito se le antoja demasiado acompasado, como si en realidad fuese ocasionado por el atabalear de unos dedos. Se recoda entonces para incorporar ligeramente su cabeza y mira a la única ventana del dormitorio, que está justo enfrente, a los pies de la cama. Lo que ve la conmueva tanto que la deja sin respiración, aunque con la boca muy abierta. Sobre la tenebrosidad de la noche, al otro lado del cristal de la ventana, se recorta la imagen de alguien o de algo con aspecto monstruoso. Una efigie de terror cubierta por un pelo envedijado y fosco, con ojos que relampaguean como bombillitas herrumbrosas, de color amarillo rojizo, que la observan con detenimiento. Debajo de la nariz ancha y simiesca ve Aitana una boca abultada y entreabierta, que vaheando sobre el cristal de la ventana, velándolo levemente. Pero son sin duda los dedos largos y uñosos que golpean con suavidad en el cristal, rehilándolo, lo que más la aterroriza, puesto que tienen la forma de unas horribles garras.

Los gritos de la mujer despiertan sobresaltado a Silvino, que tarda un instante en averiguar lo que tanto la ha asustado. Tartamudeando, le cuenta ella lo que acaba de ver en la ventana, ahora despejada de garras y demás rasgos monstruosos. Ante su escepticismo, le jura Aitana repetidas veces que es verdad lo que le dice, que estaba bien despierta. Se levanta por fin el marido y corre fuera del dormitorio, tras calzarse las botas camperas precipitadamente. Ya engabanado, abre la puerta de la casa y sale al exterior, con la escopeta cargada. También ha cogido una linterna, pese a haber encendido de nuevo la lámpara que gravita bajo la techumbre del porche. Nada se mueve ni se oye en la neblinosa noche. Hace rato que dejó de llover y se ha levantado algo de viento. Entorna los párpados, escudriñando entre la niebla, pero no ve nada extraño. Empieza a sospechar otra vez sobre la autenticidad de aquello que su mujer dice haber visto. De haberse acercado un foráneo, los perros habrían ladrado, y sin embargo están callados, atados y dentro de la pequeña caseta que les construyó junto a la cochera. Ahora sí que los oye rebullir, sorprendidos de la intempestiva aparición de su amo. De todos modos Silvino decide dar una vuelta alrededor de la casa. Cree que es la única forma de que su esposa se quede tranquila durante el resto de la noche. Circunda pues la vivienda, atento ante cualquier ruido sospechoso, si bien nada oye hasta llegar junto a la ventana del dormitorio. Aitana ha encendido la lámpara que hay encima de la mesita y, merced a la tenue claridad que atraviesa la ventana, descubre su marido unas huellas en el suelo mojado. Son pisadas recientes y de aspecto inquietante. No son de calzado humano, sino más bien de animal, ya que muestran claramente los agujeros producidos por unas uñas corvas. El tamaño y profundidad de las huellas le dejan perplejo durante un momento, cavilando sobre la clase de bestia que puede haberlas hecho. No es un cuadrúpedo, de modo que por eliminación llega a una conclusión que le resulta difícil de aceptar. Imposible admitir que pueda merodear por ahí un oso. Sin embargo es la única posibilidad que se le ocurre. Inmerso está en tal zozobra, cuando de repente oye a su espalda un estruendo que le hace dar un salto, girándose escopeta en ristre. Resulta que su mujer ha bajado la persiana de la ventana, la cual se ha desenrollado desde el tambucho con rapidez, cayendo bruscamente. Respira hondo mientras se recupera del susto y luego termina de rodear la casa, siguiendo el rastro de las pisadas. Por aquella parte la niebla no está tan cerrada, por lo que se pueden ver los fucilazos que iluminan el

horizonte montuoso, si bien Silvino no levanta la mirada del suelo, atento a las huellas que se suceden una tras otra.

Al llegar a la esquina de la fachada principal, a Silvino no le hace falta la ayuda de la linterna para ver cómo las huellas embarradas se introducen en el porche. La lámpara continúa encendida y le permite seguir el rastro con facilidad. Hasta que levanta por fin la cabeza al entrever de reojo algo que le llama la atención. El corazón casi se le paraliza cuando descubre una sogá colgando desde una de las riostras de la techumbre del porche. Las pisadas se han detenido justo debajo de la sogá, que tiene un lazo en el extremo. También Silvino se acerca a la sogá con los ojos muy abiertos e incrédulos ante lo que están viendo. Pero no le hace falta tocarla para convencerse por fin de que se trata de la misma sogá con la que ha ahorcado esta tarde a *Guilopa*. Es igual de nueva y hasta parece tener el mismo nudo corredizo que él le hizo. Alarmado, vuelve su atención a las huellas, que para alivio suyo siguen la dirección contraria a la puerta de la casa. Baján del porche y se pierden en la oscuridad de un suelo repleto de hierbajos, camino de la cochera. Levanta la mirada Silvino y por un momento le parece vislumbrar unas lucecitas que cintilan desde la esquina más alejada de la cochera, como ojos parpadeantes observando sus movimientos. Es una visión que apenas si dura un par de segundos, pues enseguida vuelve la oscuridad más completa a aquella esquina, pero a Silvino le deja indeciso y quieto en el porche durante bastante tiempo. Hasta que Aitana abre la puerta de la casa, enfundada en su bata y con la cabecita de la niña asomando detrás de ella. La inquietud de la mujer se convierte en pavor cuando ve la sogá en forma de horca colgando a escasos dos metros de ellas. El marido les ordena que vuelvan dentro de la casa en tanto coge la cuerda y se la lleva con él, con renovada decisión, en dirección a la cochera. Recorre con paso veloz la docena de metros que separan las dos edificaciones y, al llegar a la puerta de la cochera, enfoca con la linterna el enorme candado de hierro que la mantiene cerrada. Nada ni nadie ha podido entrar en el garaje, que carece de cualquier otra puerta o ventana.

Deja la sogá en el suelo y, algo menos asustado, pero todavía alerta, con la escopeta en una mano y la linterna en la otra, ambas apuntando hacia delante, va hasta la esquina donde cree haber visto aquellos ojos brillantes. No encuentra a nadie, aunque ahí están otra vez las mismas pisadas, que

él sigue hasta el sendero por el que se sale de la finca. A medio centenar de metros de la casa, las huellas se desvanecen entre los charcos y la maleza.

Regresa Silvino al interior de la casa, donde su temblorosa esposa le acosa a preguntas. La tranquiliza algo al asegurarle que ya se ha ido tan extraña visita, aunque no sabe qué responderle sobre la naturaleza ni las intenciones de aquel ser que ella ha visto a través de la ventana. Nada le dice de las formas tan inquietantes que tienen las huellas de sus pisadas, pero Silvino siente un escalofrío cuando piensa que, si es cierto lo que ella cree haber visto, aquel ser debía tener las facciones parecidas a las de un hombre y las extremidades de una fiera.

PERO LLEGÓ LA NOCHE del sábado sin que ningún miembro de la brigada de Investigación Tecnológica, adscrita a la rimbombante Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta, de la Comisaría General de Policía Judicial, dependiente de la Subdirección Operativa de la Dirección General de la Policía, me visitara ni me telefonara.

Quien sí me envió aquella mañana un mensaje escrito y público, tan temido como ácido, fue mi antiguo profesor de la facultad. Con el seudónimo de Aristarco, firmaba una amplia crítica de mi última novela en el segundo periódico más vendido en España.

Haciendo gala de la misma causticidad con que solía corregir mis ejercicios cuando era su alumna, el ex falangista Eladio Román se cebó una vez más con una de mis novelas, íntimamente molesto, estoy segura, de que a pesar suyo se sucedieran las ediciones y se vendieran miles de ejemplares de mis obras anteriores. Convencido de ser un purista sin igual, se permitía de nuevo tildar mi estilo de *agarbanzado, a fuerza de buscar una perspicuidad deseable pero nunca conseguida*. Con una premiosidad trasnochada, este crítico rencoroso y envidioso echaba mano de términos rebuscados para poner en evidencia mi *nulidad colorista, lo resobado del argumento, cuya diégesis errática y deslavazada, es arrastrada hasta un final degollado*. Para acabar con una recomendación nunca pedida: *Mejor hubiera hecho la autora con desmochar la mayor parte de esta narración con pretensiones literarias*.

Muchas veces había intentado superar aquella extraña y morbosa vinculación que me unía al viejo profesor, pero nunca logré convertir en indiferencia el profundo odio que sentía por él. Quizá fuera por el mucho daño que me había causado siendo su alumna, cuando no desaprovechaba la mínima oportunidad para ridiculizarme delante de mis condiscípulos, por lo que ahora ansiaba de manera casi irracional que, obligado por mi éxito, reconociese mi valía como periodista y como escritora. Un anhelo

que no obstante comprendía imposible, puesto que muy bien sabía yo cada vez que publicaba una novela, que el severo profesor volvería a descalificarme, burlándose de mí.

Por eso aquella noche llegué al piso donde vivían María y Luis con el ánimo algo alicaído. Por suerte, todo cambió en cuanto me vi tan gratamente recibida.

Además de mi hija y su novio, cuando llegué a su casa ya estaban el resto de invitados. Algunos, los amigos de María, ya los conocía; los demás me fueron presentados de inmediato. En total, éramos nueve los comensales que nos sentamos a cenar, alrededor de la mesa ovalada que había en el centro del comedor. Tomé asiento entre Luis y su padre, un hombre de unos sesenta y pocos años, muy elegante y amable, aunque de difícil sonrisa. Su joven esposa no era la madre de Luis. Se había casado en segundas nupcias, bastantes años después de enviudar, con Karen, una estadounidense nacida en Knoxville, a la que conoció mientras estuvo trabajando en la Universidad de Tennessee.

—Estuve allí tan sólo dos años, al principio de los noventa, pero fue una etapa muy provechosa para mí, tanto en lo relativo a mi profesión, como a mi vida privada, pues conocí y me enamoré de Karen, el más bello tesoro de Tennessee.

Karen, una mujer de no más de cuarenta años de edad, sonrió complacida ante el piropeo de su esposo. Era alta y algo entrada en carnes, con la cara redondeada por unos mofletes sonrosados que empequeñecían dos ojos azules y bonitos, si bien no me resultó difícil imaginármela con diez años menos. A buen seguro, cuando conoció al padre de Luis, debía de tener un tipo espectacular y un rostro precioso.

—Mi padre estuvo haciendo prácticas en *Body Farm*, la granja de cuerpos, antes de que se hiciera famosa gracias a un superventas que llevaba este mismo título —y como viera en mi mirada que yo no conocía aquella granja tan supuestamente célebre, me aclaró Luis—: *Body Farm* es el apodo con el que es conocido un Centro de Investigación Forense que hay a las afueras de Knoxville, perteneciente a la Universidad de Tennessee. Es único en todo el mundo porque es una especie de laboratorio al aire libre, donde dejan descomponerse los cadáveres en el bosque, a merced de los insectos, roedores, aves...

—Por favor, Luis. No creo que sea de buen gusto hablar con tanto detalle de ese sitio —le amonestó Karen con una sonrisa forzada y el característico

acento anglosajón. Y añadió, dirigiéndose a mí—: Créame, no me siento orgullosa de que Knoxville sea conocida precisamente por ese sitio tan... tan...

—¿Macabro? —la ayudé.

—Sí, gracias... Tan macabro.

—Pero querida, te guste o no, Knoxville se ha convertido en la Meca de la Antropología Forense, gracias a *Body Farm* —intervino el padre de Luis, quien se volvió a mí, para continuar explicando—: Como bien ha dicho Luis, es el único centro de investigación forense de todo el mundo en el que se consigue la historia post mortem completa de un cuerpo, analizando sus tasas de descomposición. Comprendo que no es el mejor momento para extenderme con explicaciones, ni creo que a usted le interesen, de modo que simplemente le diré que, trabajar una temporada en ese lugar, es el máximo deseo que tienen todos los antropólogos forenses del mundo.

Le agradecí que no profundizara en los detalles de aquel trabajo de campo tan singular, sin embargo sí que le pregunté por su dedicación actual. Brevemente, el padre de Luis me contó que formaba parte de un grupo de especialistas forenses comisionados por Naciones Unidas, que trabajaban en Kosovo investigando crímenes de guerra.

—No creo que, por desgracia, les resulte muy difícil determinar la causa de la muerte de esa pobre gente.

—Es cierto —aceptó—. Pero no sólo nos dedicamos a eso. También procuramos identificar a las víctimas que desenterramos.

—A través del ADN, supongo.

—Desde luego es el método más seguro y rápido, pero no siempre encontramos muestras válidas de las posibles víctimas cuando estaban vivas, o, en su defecto, de sus familiares, con las que contrastar las muestras de ADN que obtenemos de los cadáveres —me explicó.

—¿Recurren entonces a la reproducción del rostro con arcilla? —preguntó Fran, uno de los amigos de María, que se sentaba justo enfrente del padre de Luis. Aunque hasta entonces había seguido nuestra conversación atentamente pero en silencio, supuse que su interés por aclarar aquel detalle de la restauración facial le había impulsado a intervenir. Un interés muy lógico en un artista plástico, en alguien cuya vocación era la pintura, pese a ganarse la vida como publicista.

—No, necesariamente. La escultura forense está siendo superada últimamente en eficacia por la aplicación de un programa informático nacido precisamente en *Body Farm*, que es la que nosotros utilizamos y con la que conseguimos nuestros mayores progresos.

—¿Qué tipo de programa? —quiso saber Óscar, un joven de unos treinta años, obeso, amanerado y medio calvo, que Luis me había presentado como uno de sus mejores amigos.

—Ya sabes que no entiendo mucho de informática, Óscar. Así que sólo te puedo decir que se llama *Ford-Disk* y que es una base de datos alimentada por investigadores y gobiernos de todo el mundo. Nos sirve para determinar el sexo, la raza y hasta la etnia del individuo, mediante el análisis del cráneo. Así como su altura, a través de la longitud del fémur...

—Debe de ser un software de discriminación —aventuró Óscar.

—Pues será, si tú lo dices... —dijo el padre de Luis.

—Aquí donde lo ves, Óscar no es un simple empleado de Banca. Es una de las personas que más saben de informática —me dijo Luis sonriendo.

—No exageres. No soy ningún experto. Lo que pasa es que me apasionan las nuevas tecnologías. Sobre todo Internet. Pero mis conocimientos son meramente prácticos, como los de cualquier autodidacta.

—¿Y qué superventas es ése que hizo famosa la granja de cuerpos? —preguntó María.

—Es una novela que tenía ese mismo título, *Body Farm*, publicada en 1994, y que además de hacer célebre este centro de investigación forense, hizo muy famosa y rica a su autora, Patricia Cornwell —contestó el padre de Luis, antes de añadir, mirándome—: Supongo que tan famosa allí, en Estados Unidos, como lo es usted aquí, en España.

—Pero las novelas de Minia no son de ese estilo, papá. Abordan temas más reales, de un calado más social.

—¿Más social que el crimen? ¿Más real que la muerte?

La irónica respuesta del padre de Luis preludió un silencio algo tenso, pues coincidió con el momentáneo final de la conversación que habían mantenido al unísono los otros comensales. Con intención de acabar cuanto antes con aquel incómodo y mudo paréntesis, María sacó a colación, para mi sorpresa, el asunto de los anónimos que yo había recibido en mi buzón

de correo electrónico. Una sorpresa que fue aún mayor cuando me di cuenta de que la mayoría de los presentes ya estaba al tanto de ello.

—Mi hijo me ha enseñado hace un rato, antes de que usted llegara, la foto del cadáver que le enviaron por Internet —me dijo el padre de Luis—. Así, a simple vista, parece real. Desde luego sería una frivolidad por mi parte tratar siquiera de apuntar el tiempo que llevaba muerto, ya que para eso debería de examinar el cadáver... Aunque no creo que presentara todavía los primeros síntomas del rigor mortis.

—Según la Policía, se la hicieron inmediatamente después de que lo destrozara un perro —informé en un murmullo, que fue escuchado no obstante por todos. A Karen se le escapó una exclamación en inglés. Por lo visto no le habían enseñado la foto. Como tampoco la habían visto Elena y Vicky, que también exclamaron al unísono, pero en español.

Vicky había sido invitada en calidad de pareja de Fran, el publicista con vocación de pintor. Me la habían presentado como una prometidora modelo y actriz, aunque yo jamás la había visto antes, ni siquiera en uno de esos programas de televisión tan frecuentados por aspirantes a famosos que, de vez en cuando, ojeaba haciendo *zapping*. Tenía un cuerpo verdaderamente escultural y su carita ovalada estaba adornada por una melena oscura y unos ojos muy negros y grandes, con los que empezó a mirarme con cierto rencor, cuando Fran se extendió en sus halagos hacia mis artículos y novelas.

A Fran le conocía desde hacía años por ser uno de los amigos más antiguos de María. Despreocupado y espontáneo, vestía casi siempre con ropa deportiva y lucía una coleta larga y rizada, con la que pretendía manifestar un temperamento bohemio que chocaba brutalmente con su vida acomodada y mentalidad burguesa. Su simpatía me hacía reír con más sinceridad que sus halagos, los cuales podían llegar a ser realmente empalagosos. Incluso en algunos momentos me pareció que coqueteaba conmigo, que trataba de seducirme de una forma bastante ingenua, entre bromas y veras. Algo que no pasó desapercibido para María, que se divertía con aquella especie de juego que me proponía su mejor amigo. Como tampoco pasó desapercibido para Vicky, la nueva pareja de Fran, a la que no le hizo en cambio tanta gracia.

Elena era amiga de María desde hacía muchos años, pues habían estudiado juntas en el instituto y en la facultad. Desde hacía un par de años, era profesora de Filología Hispánica en la Universidad Complutense y, aunque

no era tan agraciada físicamente como Vicky, por culpa sobretodo de las gafas oscuras que se empecinaba en llevar y la manera tan anticuada como se peinaba, yo la consideraba mucho más inteligente y atractiva. Por supuesto, tal preferencia se basaba principalmente en el cariño que sentía por Elena. De ahí que las personas que no la conocían ni la apreciaban tanto como yo, difícilmente la encontrarán bonita o interesante. Como Paco, el chico que entonces se sentaba a su lado, el cual me había sido presentado por Luis como un antiguo compañero suyo, con quien había trabajado en el INIA, el Instituto Nacional de Investigación y Tecnología Agraria y Alimentaria, hasta que el novio de mi hija decidió pasarse a la empresa privada.

Elena y Paco se sentaban juntos, en el extremo de la mesa opuesto al que yo me encontraba, por lo que me resultó del todo imposible escuchar lo que hablaban. Por sus gestos y miradas, me había resultado empero relativamente fácil inferir cierta frialdad en el trato de él —una frialdad no exenta de esmerado respeto—, que contrastaba con el interés cada vez mayor que sentía Elena por aquel hombre alto y atlético, moreno y de cuello ancho, lacónico y serio, de mirada tan triste y tierna, que despertaba con pasmosa facilidad el sentimiento de protección que encierran los corazones femeninos. No debía de ser la primera vez que se veían, concluí, sin saber todavía que, en efecto, antes de aquella noche, Luis y María ya habían reunido en otras ocasiones a sus amigos más íntimos.

Vicky pidió ver la foto de marras, pero María abortó el gesto de Luis, que se dispuso a sacarla del bolsillo de su chaqueta, proponiendo con una sonrisa muy oportuna y dulce:

—¿Por qué no lo dejamos para la sobremesa?

Aunque todos estuvimos de acuerdo, Óscar se interesó por los anónimos, preguntándome si había recibido otras fotos y algún texto. Le dije que sí, que había recibido otras dos fotografías, con unos textos breves y extraños. Entonces María se acordó que Elena había resuelto aquellos enigmas, bastante simplones por cierto, en su opinión.

—No ha hecho falta recurrir a ningún experto en criptología. En cuanto leí las líneas que me enviaste, me pareció que se trataba de una especie de tropología hecha con el significado antiguo de las letras. Nada que cualquiera con unos mínimos conocimientos paleográficos no pudiera resolver con facilidad. Yo misma podía haberlo intentado, pero enseguida me acordé de Elena,

que podía hacerlo con más rapidez, ya que casualmente está colaborando con un compañero suyo, un catedrático de la Autónoma y miembro de la Real Academia, en la redacción de un libro sobre la historia del abecedario. Así que se lo hice llegar en un *e-mail*. Y hoy mismo me ha dicho que ya lo ha resuelto, ¿verdad Elena?

Ante la expectación de los demás, Elena confirmó lo dicho por mi hija:

—Después, si acaso, te daré Minia un papel en el que he anotado lo que me parece haber descifrado.

—Por Dios, enséñanoslo ya, que no se puede aguantar tanto suspense —rogó Fran, simulando una excitación exagerada y provocando la risa de todos. No obstante, se acordó esperar a que terminásemos de cenar. A mí no me gustaba la idea de compartir con toda aquella gente la información que se disponía a facilitarme Elena, pero fui incapaz de impedirlo. De haberlo hecho, por más cuidado que hubiese procurado tener, con toda seguridad habría roto aquel ambiente agradable que se había creado entre nosotros, trocándolo por otro tenso y frío, que habría amenazado inclusive con echar a perder la velada que con tanta ilusión habían preparado María y Luis.

En cuanto acabamos la cena, los anfitriones se apresuraron a recoger la mesa, despejándola para servir café y licores. Y, en cuanto se inició la sobremesa, con algunos cigarrillos formando una tenue capa de humo por encima de nuestras cabezas, la curiosidad de los presentes empezó a ser satisfecha con la reaparición del folio donde estaba impresa la foto del prestamista muerto, y aquel otro papel que Elena extrajo de su bolso, desdoblándolo con cuidado, antes de entregármelo.

En tanto la foto pasaba de mano en mano, acompañada de exclamaciones y comentarios más o menos contrapuestos —como los de Karen y el padre de Luis, partidarios de la extinción de todas las razas de perros peligrosos; y la de Fran, dueño de un cariñoso y enorme San Bernardo, defensor de la inocencia de los animales, por ser en su opinión la irresponsabilidad de algunos humanos la culpable de que aquéllos se conviertan en peligrosos—, leí con detenimiento las líneas manuscritas que había en el papel que me había pasado Elena.

*La mayoría de las letras de nuestro abecedario tienen sus orígenes gráficos más remotos en los jeroglíficos egipcios, de cuyos símbolos se sirvieron los fenicios y hebreos para crear sus alfabetos.*

*Buena parte de los signos fenicios fueron adoptados por los griegos, que a su vez fueron copiados por los latinos.*

*El autor de estos anónimos se ha servido de esta prehistoria gráfica de nuestro actual abecedario, para componer una especie de tropología, en la que se esconde una serie de letras. El orden por el que aparecen estas letras hace suponer que ni siquiera se trata de un anagrama, ya que no componen una palabra, dependiendo más bien la resolución de la simple y acertada combinación de estas letras, hasta el descubrimiento de la palabra real que pretende transmitirse.*

*Así, en el primero de los textos, que dice: «Hay una cruz en un jardín inundado, donde una persona clama al cielo con los brazos alzados. Aunque tiene la cabeza de perfil, se le ven los dos ojos. En una mano tiene el pez que ha sacado del agua», cabe identificar fácilmente la cruz con una T. En cuanto al jardín inundado, procede de un ideograma egipcio que representaba precisamente eso: un jardín inundado, o un lago con plantas acuáticas, que con el transcurso del tiempo se fue esquematizando hasta convertirse en nuestra S actual. Aunque cueste creerlo, la persona que clama al cielo con los brazos levantados corresponde al resto arqueológico de la letra E, puesto que su origen está en un símbolo egipcio que tenía dicha forma, simplificada luego en el alfabeto fenicio mediante una línea vertical cortada por tres horizontales. Lo mismo puede decirse de la letra siguiente, la R, que paleográficamente procede de un ideograma jeroglífico egipcio que representaba una cabeza humana vista de perfil. Los dos ojos son sencillamente dos oes. La mano, casi seguro que corresponde a una I, puesto que la antepasada fenicia de la iota griega, la yod, se cree que es la esquematización del emblema de una mano, visible en escrituras jeroglíficas de raíz semítica. El pez puede ser una N, ya que, a pesar de que la mayoría de los paleógrafos consideran que esta letra proviene de un jeroglífico egipcio que representa una serpiente, otros prefieren creer que se trata del dibujo de un pez. Por último, el agua siempre ha sido representada por un signo sinuoso, que corresponde a la M minúscula.*

*En consecuencia, si el desciframiento ha sido correcto, nos encontramos con un total de nueve letras, que son: T, S, E, R, O, O, I,*

*N, M. Ahora sólo queda colocarlas en el orden correcto para hallar la palabra adecuada.*

—El autor o la autora ni siquiera se ha molestado en formar con las letras una palabra inicial, con la que podría haber formado sendos logogrifos, que son unos enigmas algo más ingeniosos que estas sucesiones de letras sin sentido, sacadas de sencillos párrafos poligráficos, aun cuando puedan combinarse hasta componer una palabra —me dijo Elena, al ver que había acabado de leer el anverso del papel y me disponía a hacer lo propio con lo que ella había escrito en el dorso. La discusión que sobre los perros peligrosos había originado la foto, la habría obligado a levantar la voz para que yo pudiera escucharla, por lo que había preferido levantarse de su silla y acercarse hasta donde yo estaba, situándose a mi espalda. María, que todavía no había tenido oportunidad de leer las notas de su amiga, acercaba la cabeza a mi hombro para ojear el texto.

En el reverso del folio, Elena hacía un análisis semejante al anterior, pero referido al segundo mensaje que yo había recibido, bajo la foto del desconocido que tenía toda la apariencia de un hombre de negocios. Siguiendo el mismo sistema, llegaba a la conclusión de que las letras que se deducían de tan extraño texto eran las siguientes: R, R, O, O, P, U, T, C.

—Corrupto —dijo María sin pensárselo mucho.

—¿Qué?

—Que esas letras forman la palabra corrupto —me aclaró—. Es fácil, ¿no?

—Tal vez puedan formar alguna otra, pero estoy de acuerdo con María. La palabra que con más probabilidad y sentido pueden formar estas letras es esa: corrupto —convino Elena.

—¿Y las otras? —pregunté, dando la vuelta al papel.

—No sé. Tendría que pensarlo más detenidamente —reconoció María—. Al ser más letras, pueden formarse más palabras.

—Es cuestión de paciencia, de ir combinando en un papel todas las letras, hasta hallar las palabras más interesantes —propuso Elena—. Podríamos intentarlo las tres por separado. Pero no ahora, claro.

Enseguida el papel con las notas de Elena empezó a circular alrededor de la mesa, pasando de mano en mano. Los comentarios fueron dispares, así como los intentos por descubrir la palabra que nos proponía el anónimo

mensajero con aquellas letras. Una palabra que, según el parecer general, debía constituir una acusación, puesto que todos daban por segura la otra, la de corrupto. Todos quisieron participar en aquella especie de juego, hasta Karen, pese a su limitado vocabulario de español. Hasta que Óscar nos informó de que en la Red hay varios sitios donde ofrecen la posibilidad de sacar todos los anagramas posibles de una palabra. Aunque el anuncio acabó con el ánimo competitivo con el que la mayoría había tomado aquel reto, todos estuvieron conformes en que Luis le dejara su ordenador a Óscar, para que éste nos facilitara la tarea gracias a Internet.

Apenas diez minutos más tarde, el orondo y amanerado Óscar volvió al comedor desde la habitación que Luis hacía servir como despacho, con dos folios impresos entre sus regordetas manos.

—De la segunda serie de letras, sólo ha facilitado una palabra: corrupto —informó Óscar, ante la satisfacción general—. De la primera, que son nueve letras, ha dado dos: monitores y mentiroso.

Hubo unanimidad al acordar que mentiroso era la palabra correcta, la que el mensajero anónimo había querido hacerme llegar de una forma tan rocambolesca.

—De todos modos, resulta algo decepcionante ver la simplicidad de estos mensajes, pretendidamente oscuros, crípticos... —opinó Óscar, al tiempo que me daba los folios que había impreso en el despacho de Luis—. Alguien que es capaz de navegar en la Red, escaneando fotos para enviarlas por *e-mail*, debería saber que hay programas que pueden bajarse gratuitamente y que sirven para enviar mensajes encriptados, prácticamente indescifrables si no es con ayuda del oportuno programa decodificador.

—Ah, ¿sí? —exclamé, francamente asombrada.

—Claro. Y eso a pesar de las restricciones que ha impuesto la LSSI, la Ley de Seguridad para la Sociedad de la Información.

—Es cierto. Tengo entendido que algunos terroristas internacionales se sirven de esos programas para comunicarse por Internet —dijo Fran.

—Por eso cada vez restringen más el uso indiscriminado de la Red —advirtió el padre de Luis—. Ciertamente, se ha descubierto que los secuestradores de Bin Laden se comunican a través de Internet, enviándose mensajes cifrados, muy difíciles de interceptar y de descifrar. Creo que la técnica que emplean se llama estenografía o algo por el estilo...

—Estenografía o esteganografía, sí —puntualizó Óscar—. Sirve para ocultar mensajes en fotografías, canciones y vídeos... Ya digo que hay infinidad de programas de este tipo accesibles en la Red. El *S-tool 4.0*, el *MP3Stego*, el *Jsteg Shell*, el *Mandel Steg*, que quizás es el más popular, y muchos otros...

—A ver si esas fotos que te ha enviado el asesino contienen mensajes ocultos... —dijo entonces Vicky con una sonrisita burlona.

—Podría ser. Pero, de ser así, seguro que la Policía lo averiguará —repliqué secamente, con el deseo de zanzar de inmediato aquella conversación.

—Y dice usted muy bien —ratificó el padre de Luis—. Deje que sean los profesionales quienes se preocupen de investigar y resolver este caso. Usted ya ha cumplido facilitándoles toda la información que posee y poniéndose a su disposición. De todos modos, aprovecho para reiterarle mi colaboración en todo aquello que pueda servirle de ayuda. Tengo grandes amigos en la Unidad Central de la Policía Científica, con quienes ocasionalmente he colaborado, de manera que si quiere...

—Muchas gracias. Le avisaré si necesito molestarle para algo...

—Por favor, señora. No será ninguna molestia, todo lo contrario.

Pocos minutos después, los padres de Luis y yo dimos por finalizada nuestra participación en aquella velada, saliendo juntos del piso.



APROVECHA SILVINO QUE ES domingo y no debe por tanto ir a la fábrica, para madrugar y seguir el rastro de aquellas huellas tan extrañas que hay alrededor de su hogar. De noche las perdió a unos cincuenta metros de la casa, desvanecidas entre los charcos y la maleza, pero ahora, con la primera luz de la alborada, las reencuentra unos pasos más allá. Gracias a que no ha vuelto a llover, aquellas marcas permanecen frescas y nítidas sobre el barro. Las vuelve a observar con detenimiento y otra vez siente un fugaz escalofrío a lo largo de su espina dorsal. En verdad parecen huellas de zarpas, con agujeros producidos por uñas corvas.

Silvino ha abrigado su cuerpo fornido con el gabán y calzado sus pies con las botas camperas. También se ha calado su gorra de cazador, así como la canana, repleta de cartuchos, algunos de los cuales ya han ido a parar al cargador de la escopeta que lleva en bandolera. En casa ha dejado a una atribulada esposa, abrazada a sus dos hijos, que le ha rogado en vano que no la deje sola, que no se vaya en persecución de aquel monstruo que ella ha visto asomado a la ventana de su dormitorio. Enciende él un cigarrillo mientras permanece de cuclillas, contemplando de cerca aquellas huellas que parecen de animal, de un animal bípedo y tan grande, por profundas, como un oso pardo. Al poco se yergue y continúa caminando, siguiendo con la mirada el rastro de huellas, tan claro sobre el suelo húmedo. Para un experimentado cazador como él, resulta fácil leer aquel rastro a través de un territorio que conoce a la perfección.

Marcha con sus piernas estevadas de cara al orto, donde los primeros rayos solares reverberan en el celaje, presentando matices tornasolados. Durante un buen rato cruza terrenos en barbecho, salva ribazos y bordea algunas granjas, siguiendo siempre unas huellas que se pierden en el cantizal que hay cerca del paraje donde él ahorcó a *Guilopa*, la galga vieja y coja, la tarde anterior. Silvino entonces maldice para sus adentros. Ha recorrido casi dos kilómetros para nada. Pero no está dispuesto a rendirse, de modo que

busca y rebusca por los alrededores, hasta que por fin descubre de nuevo el rastro de huellas, cada vez más tenues, pero aún suficientemente plasmadas en la tierra. Por allí debió de llover menos durante la noche, pues el terreno está más seco. Y encima las nubes cada vez más densas amenazan con volver a descargar un fuerte aguacero. Al levantar la mirada para atisbar el cielo, ve el cerro que tiene delante. Intuye que hacia allá se encaminó el autor de aquellas pisadas, rehuyendo los senderos, yendo campo traviesa, atrochando para atajar y llegar cuanto antes a su guarida.

Reemprende la marcha Silvino, detrás de un rastro cada vez más difuso e intermitente, hasta llegar a la falda del Cabezo del Plá, en el centro justo de la Hoya de Castalla. Asciende por una trocha que se abre entre olivos y almendros, bancales arriba, al mismo tiempo que las primeras gotas de lluvia empiezan a caer, ocultando las marcas que él se esfuerza en distinguir. Al cabo de un rato, deja a su izquierda un camino secundario y embarrado que lleva a la parte posterior de *L'Olivar*, una finca grande que, desde hace quince años, pertenece a un empresario alicantino que la visita sólo en verano y algunos fines de semana. Sigue subiendo por un sendero cada vez más estrecho, en el que ya no ve ninguna huella, pero convencido de que por allí debió pasar la noche anterior, seguramente de regreso a su hogar, quien le había ido a visitar a su casa, para asustarle, colgando en el porche la misma cuerda con la que él había ahorcado a *Guilopa*. Un acto realizado claramente por una persona, si bien podía ir acompañado por un animal. El mismo animal cuyas huellas ha ido siguiendo. Aunque, de ser así, piensa en tanto continúa caminando, ¿cómo es que no ve pisadas de calzado, de ser humano, junto a aquellas otras que parecen hechas por unas zarpas?

En la cima del cabezo el bóreas le orea hasta encogerle de frío. Nunca antes había subido hasta allí. Es un terreno zarzoso, por donde cruza una vereda que lleva a una granja abandonada desde hace muchos años, ocupada antaño por una familia de pastores. Hace rato que ha perdido el rastro que seguía desde su casa, pero entonces decide que, puesto que ya está allí, aprovechará para echar un vistazo a aquella choza, extrañamente rodeada por una tapia bardada con sarmientos. Una tapia no muy deteriorada, para estar abandonada, según se fija Silvino al mismo tiempo que se acerca a ella.



La extrañeza de Silvino crece cuando, tras cruzar una cancilla, se encuentra frente a una vivienda revocada y de paredes encaladas. La puerta y las ventanas están cerradas, y nada hay plantado a su alrededor, ni huerto ni jardín. Ni siquiera una triste maceta. Pero todo apunta a que la casa está habitada, o al menos es visitada con frecuencia. Una sospecha que se ve enseguida confirmada cuando oye los primeros ladridos. Varios perros mestizos y de diferente tamaño trotan hacia él, aunque se detienen a una distancia prudencial, como si comprendieran el peligro que corren ante la escopeta que les apunta.

Sin bajar la escopeta, Silvino pregunta a voz en grito si hay alguien dentro de la casa, pero sólo obtiene la respuesta de los perros, que siguen ladrando, aunque sin atreverse a avanzar. Vuelve a chillar el recién llegado, mas ninguna voz humana le contesta. Sólo una chapa metálica suena desde detrás de la casa, guachapeando a merced del viento. Es una parte de la tapa de hierro que cubre la boca del pozo, que golpea el brocal con irregular persistencia.

Arrecia la lluvia y los perros parecen calmarse, hasta dejar de ladrar. Entonces Silvino decide dar unos pasos hacia la edificación, aunque sin dejar de apuntar con la escopeta a los animales. También éstos buscan resguardarse de la lluvia, que ya es torrencial, y regresan a la parte trasera de la granja. Silvino les sigue, despacio, receloso, pero deseando encontrar un sitio techado donde refugiarse. Tiene toda la ropa empapada y el frío empieza a filtrarse hasta los tuétanos de sus huesos.

Tras rodear la casa, se encuentra con varias jaulas techadas que sirven de perreras. Allí debe de haber varias docenas de perros. Algunos son de gran tamaño, pero están encerrados, lo cual le tranquiliza. Aunque vuelven los ladridos y algunos gruñidos, no hay peligro inminente, así que continúa avanzando hasta la puerta trasera de la casa, que está sólo atrancada. La empuja hasta entreabirla y vuelve a preguntar en voz alta si hay alguien dentro. Pero nadie responde. Entonces se decide a entrar. Al estar todas las ventanas cerradas, el interior está en penumbra, inmerso en una lobreguez que le sobrecoge. Los perros han dejado de ladrar y sólo se oye el silbo del viento, filtrándose por el cañón de la chimenea. Una chimenea que está al fondo de la estancia donde él se encuentra. Una estancia con muebles que empiezan a surgir de la oscuridad conforme los ojos de Silvino se acostumbran a ella. Pero también surge una figura que, no obstante, queda fuera del campo de visión del recién

llegado, al aparecer por su espalda. Una figura que se acerca sigilosamente a Silvino y de cuya presencia éste no se percata, hasta que es demasiado tarde. Hasta que un primer zarpazo en la nuca le hace caer de bruces al suelo, con la escopeta y la gorra volando juntas hasta el otro extremo de la estancia.